

AL LADO DE CONSUELO...

Consuelo Ruiz Vélez-Frías nació en Madrid; dice que su primer escrito, en 1917, fue desastroso. Dice ella que su buena madre le enseñó, antes de morir, a «arreglar cosas». Y con el paso de los años, se dispuso a «arreglar» el parto. Después de las penurias de la «guerra civil», que para ella no fue sino un golpe militar apoyado por el Fascismo internacional, estudió la *carrera* de matrona. Trabajó como matrona desde 1950 hasta 1984, fecha de su jubilación forzosa.

Cuenta que *antes* nunca se consideró el parto como una enfermedad, por lo que jamás se asistió en los hospitales, sino que había unos establecimientos, las Maternidades, donde se asistían a las embarazadas que no disponían de un hogar adecuado o que ni siquiera tenían un hogar. En las Maternidades no se admitían enfermos ni en los hospitales, parturientas.

Dice Consuelo que antes se paría, se comía, se padecían y se curaban las enfermedades en casa; a veces, incluso, se trabajaba en casa, en casa se divertía cada familia a su gusto...

Había muy pocas cosas que obligaran a salir de ella: una grave operación quirúrgica, una corrida de toros, una función de teatro, una excursión, una romería, etc. Pero la mayor parte de la vida transcurría en el hogar. Hasta la última y definitiva actividad humana, morir, transcurría en el hogar, y en cualquier actividad la compañía de familiares y amigos estaba asegurada, para reír o para llorar juntos.

En la vida moderna, la *casa* es sólo el lugar donde se duerme, se lava y se viste uno, donde todos están de paso y donde, a veces, la reducida familia son verdaderos desconocidos, y los acontecimientos más importantes, el *alfa* y el *omega* de la vida, nacer y morir, se ejecutan fuera del hogar y de la familia, entre aglomeraciones de desconocidos.

Para Consuelo, tanto la asistencia obstétrica y sanitaria, como la sociedad han evolucionado negativamente desde el punto de vista humanitario porque se ha tendido a suprimir a la familia y favorecer al individuo,

aunque positivamente desde el punto de vista del capital: grandes empresas, enormes ciudades, bancos asociados, poderosos capitalistas... todo a lo grande y, al servicio de lo grande, miradas de individuos, de esclavos, todos aspirando a ser como los demás, a hacer lo que todos hacen...

A pesar de todo, Consuelo sigue manteniendo un aire romántico en su pensamiento. Para ella, la **pareja** es el sumum de la personalidad, el individuo elevado al cuadrado, el ser perfecto con sus cualidades dobles y encaminadas a un mismo fin. Pero se refiere a una pareja estable, duradera, al ensamble de dos mitades homólogas que forman un todo

mejor renunciando a algunas cosas y adquiriendo otras, amándose y ayundándose mutuamente. Ahora, dice, no se dan las condiciones para que estas parejas se formen y subsistan y, así, sin amor ni pareja, es imposible que exista la casa, el hogar, ni tampoco partos. «Quizás esta forma de reproducción se quede muy pronto obsoleta y sea sustituida «científicamente» por otra



más eficaz...»

Cada vez que hablo con ella dice que ya le queda poco. Así y todo, es capaz de reflexionar sobre el futuro; el futuro de la vida, el futuro de los nacimientos...

Gracias a su vejez ha llegado a la conclusión de que el futuro, afortunadamente, es siempre un enigma, que no está en nuestras manos, que no podemos más que formular deseos y organizar planes sin la menor seguridad de que puedan realizarse... hasta que nos sorprenda la muerte con muchas obras inacabadas y muchos sueños insatisfechos.

Sobre el parto, cuyo arreglo ha sido la misión de su vida, dice que el parto natural es la última etapa de una función fisiológica indolora en la que el dolor aparece por causas artificiales.

«El dolor ha sido creado e institucionalizado por la ignorancia, y se mantiene porque constituye un formidable instrumento de poder»